

que flores dañadas, saltan de gozo y danzan locos de alegría, de alegría que, tan pronto como aparece, desaparece como la corriente de los ríos, ¿cuánto más justo es que tú, ya que antes pasaste tantas tristezas, saques ahora de tu estado presente grandes motivos de aliento y alegría? Porque el tesoro que has reunido no pueden robarlo los ladrones, ni la gloria que has ganado se muda ni se acaba jamás; no tendrá nunca término, ni podrán interrumpirla, ni los azares del tiempo, ni los ataques de los hombres, ni los asaltos de Satán, ni la misma muerte.

Mas si en llorar te empeñas, llora a los perpetradores de estos desmanes; llora, digo, a los autores de tanto mal y a sus cómplices y ministros, que se han granjeado los mayores tormentos para lo futuro, y aun aquí están sufriendo acerbísimo castigo, aborrecidos de todos y tenidos por enemigos, maldecidos y condenados por todo el mundo. Y si ellos no sienten este castigo, también por esto, y más que por todo lo demás, son muy desgraciados y dignos de lástima, porque son y proceden como los frenéticos que, sin razón ni motivo alguno, hieren y golpean a cuantos encuentran y les dan de puntapiés, y a veces a sus mismos amigos y bienhechores, a quienes debían agradecimiento por los muchos favores recibidos, sin darse cuenta del furor que los domina. Y por eso su enfermedad es incurable; no admiten médicos ni medicinas; antes, como perros rabiosos, se revuelven contra los que acuden a socorrerlos y tratan de curarlos, y les corresponden con injurias y malos tratamientos.

Así también éstos por esto principalmente son desgraciados, porque no caen en la cuenta de su gran perversidad y malicia. Pero si el juicio, reprobación y condenación de los hombres no les hace mella, al menos no pueden escapar al remordimiento de su conciencia, que es inevitable e incorruptible, y no cede a terrores ni amenazas, ni se deja corromper por halagos ni por dinero, ni decae con el tiempo.

2. Porque aquel hijo de Jacob que decía a su padre: *Una fiera pésima ha devorado a tu hijo José*¹, y representaba tan criminal tragedia intentando con este invento velar el crimen fraticida, pudo, sí, engañar a sus padres, más no a su conciencia, ni lograr que dejara de remodelerle, sino que siguió siempre enhiesta contra él, gritando sin cesar y sin calmarse nunca jamás. Pues, pasados muchos años, aquel que ocultó a su padre el crimen y a nadie le dio parte, sin que nadie le acusase ni le convenciese o instase, recordándole aquel engaño, al ver

en peligro su libertad y su vida, mostró claramente que el perpetuo torcedor de su conciencia no había estado callado en aquel largo tiempo, ni había sido posible calmarlo, diciendo: *Ciertamente, en culpa estamos a causa de nuestro hermano, porque no hicimos caso de su tribulación y de la angustia de su alma cuando nos suplicaba: Ved cómo Dios nos demanda su sangre* ². Como si dijera: Para ablandar nuestros corazones y moverlos a compasión, la naturaleza solo bastaba; mas él añadía las lágrimas y las súplicas, y ni aun así logró doblegarnos, sino que *despreciamos su tribulación y la angustia de su alma*. Por eso, dijo, nos la tiene Dios sentenciada, y por haber pecado contra nuestra sangre, está ahora en peligro nuestra sangre y nuestra vida.

Por semejante manera también Judas, no pudiendo aguantar sus remordimientos, cogió una cuerda y se ahorcó. Y por cierto que cuando no tuvo reparo en hacer aquel desvergonzado trato, diciendo: *¿Qué queréis darme y yo os lo entregaré?* ³, no tuvo miramiento a los que tal cosa oían; es, a saber, que un discípulo maquinaba tal maldad contra su maestro, ni durante aquellos días intermedios le punzaba dolor alguno, sino que, embriagado con el placer que la codicia del dinero le causaba, sentía muy poco la acusación de su conciencia. Mas luego que perpetró el crimen y recibió el dinero y, cesando el gusto de la ganancia, comenzó el disgusto del crimen cometido, entonces, finalmente, sin que nadie lo acusase ni lo forzase o aconsejarse, por su propio arbitrio, fue y arrojó el dinero a los que se lo habían dado y confesó ante ellos su crimen, diciendo: *He pecado entregando la sangre inocente* ⁴. Porque no pudo sufrir el remordimiento de su conciencia, que le reconvenía.

La conciencia, torcedor del pecador; los pecadores, dignos de lástima; el vicio, muerte del alma. Porque ésta es la condición del pecado, que, antes que lo cometas, te embriaga; mas, luego de ejecutado y consumado, cesa aquel placer y desaparece, sin quedar en pie otra cosa que el torcedor, la vengadora conciencia, que desgarrar al pecador y gravita sobre él como torre de plomo, haciendo de sayón y verdugo que reclama sin cesar la última pena.

Y estos suplicios aquí, que en la otra vida ya sabes lo que les espera a los que tales crímenes cometen. Por lo cual a éstos hemos de lamentar y llorar con lágrimas de sangre, como lo hace San Pablo,

que, habiendo felicitado a los que tienen que soportar luchas, combates y tormentos; a los que pecan, los llora, y por eso dijo también: *No sea que cuando vaya me humille de nuevo Dios entre vosotros y tenga que llorar, castigando a muchos de los que antes pecaron y todavía no han hecho penitencia de la impureza y fornicación y deshonestidad en que han vivido* ⁵; por el contrario, a aquellos que estaban sosteniendo la lucha, les dice: *me gozo y congratulo con todos vosotros* ⁶.

Por tanto, no te turben ni las cosas acaecidas ni lo que te vayan contando. Pues tampoco las olas destruyen las rocas, sino que, cuanto más fuerte es el choque, tanto más las deshace y disipa, cosa que sucede y sucederá también en estas persecuciones y trastornos, y en ellos más aún. Porque a la roca no la empecen ni debilitan las olas; pero a ti no sólo no te han debilitado, sino que han aumentado tu firmeza. Porque *tal es la condición de la bondad y la malicia, que ésta en las luchas queda siempre derrotada*, y aquella, cuanto más combatida es, más resplandece. *Aquella* no sólo después de los combates, sino *en la lucha misma, alcanza la palma*, y para ella el mismo batallar es premio de la batalla; ésta, al contrario, cuando vence, queda avergonzada, atormentada y llena de ingnomia, y ya antes que llegue la pena a ella reservada, no sólo después de perpetrar el crimen, sino en la misma mala obra resulta atormentada.

Y si esto te parece oscuro, oye a San Pablo cómo distingue lo uno de lo otro. Pues escribiendo en cierta ocasión a los Romanos, y reprendiendo la deshonesta vida de ciertos hombres, enseña que el pecado, aún antes de recibir el castigo, en la acción misma pecaminosa, lleva adjunto el suplicio, y habiendo hecho mención del comercio ilícito de ciertos delincuentes, tanto mujeres como hombres, que habían violado las leyes naturales, excogitando un prodigio de liviandad, habla de esta manera: *Porque sus mujeres invirtieron el uso natural, en el que es contrario a la naturaleza. Del mismo modo también los varones, desechado el uso natural de la hembra, se abrazaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas de varones con varones y recibiendo en sí mismo la paga merecida de su obcecación* ⁷.

¿Qué dices, Pablo? ¿Acaso no sienten deleite los que tienen tal atrevimiento y, dejándose llevar del atractivo de la pasión, perpetran una unión prohibida por las divinas leyes? ¿Pues cómo dices que en

eso mismo llevan la pena de su culpa? –Porque no juzgo yo, dice, por el mayor o menor gusto o disgusto de los enfermos, sino conforme a lo que pide la naturaleza de las cosas.

También el adúltero, aunque tan dichoso se juzga al cometer el pecado, entonces mismo recibe muy gran castigo, aun antes de sufrir el señalado en las leyes divinas y humanas, pues hace a su alma cada vez peor y más criminal. ¿Pues y el sicario y el asesino? También éste, antes de comparecer delante del juez y del castigo que marca la ley, ya en el asesinato mismo sufre gran pérdida por el daño que causa a su alma. Pues lo que es al cuerpo la enfermedad, la fiebre, la hidropesía o cosas parecidas, lo que es en el hierro el orín, en la lana la polilla, en el madero la carcoma, y en los cuernos el yugo, esto es el vicio para el alma. Porque la hace esclava, vil, abyecta y miserable. ¿Qué digo esclava y miserable? Alma de bestia la hace, de lobo, de perro, de serpiente, de víbora y de otras bestias. Y así, los profetas, queriendo indicar esto y declarar a todos el cambio y desdichada mudanza que el pecado causa en el alma, comparan al pecador, uno, a los perros diciendo: *Perros mudos que no pueden ladrar* ⁸, comparando con los perros rabiosos que, sin dar un ladrido, muerden traicioneros, inoculando a hombres y bestias su terrible rabia; a esos hombres taimados, maliciosos y engañadores que arman a sus prójimos trampas y celadas. Otro compara a algunos hombres a las cornejas desoladas que se sitúan al pie de los caminos en busca de carroña ⁹. Otro decía: El hombre, habiendo sido constituido en dignidad y honor, *no supo entenderlo, y se igualó a los insensatos jumentos* ¹⁰. Finalmente, aquel que era más que profeta, aquel hijo de la estéril, que estaba junto al Jordán, llamaba a algunos hombres serpientes y raza de víboras ¹¹. Pues, ¿qué suplicio puede haber semejante a éste, que el hombre, hecho a imagen de Dios, sublimado a tanta honra, dotado de razón y de mansedumbre suma, llegue hasta el extremo de convertirse en bestia y en fiera?

4. **Has visto cómo la malicia, aun antes del suplicio, tiene ya castigo? Pues mira ahora cómo también la virtud, antes de los premios, ella misma es premio.** Pues así como en el cuerpo (y nada impide que usemos de nuevo esta semejanza, que es muy clara), como en el cuerpo, repito, el que está sano y, libre de todo achaque, goza de entera salud, sólo por esto, y aun antes que se ofrezcan otros placeres disfruta mucho con sólo gozar de ese bienestar que trae consigo el

estar sano, y goza de tan buena disposición que no le empecen ni los cambios de tiempo, ni el frío ni el calor, ni la vileza de los manjares ni cosas semejantes, porque su robusta salud basta para resistir y vencer aquellos males; lo mismo pasa con la salud del alma.

Por eso Pablo, en medio de los azotes, vejámenes y otros males sin cuenta, se alegraba y decía: *Gózome de estar padeciendo por vosotros* ¹². Repito que no sólo en el reino de los cielos, sino en los mismos padecimientos tiene preparado su premio la virtud, porque solamente el sufrir alguna incomodidad por la virtud es ya un premio amplísimo.

Y por este motivo salieron los Apóstoles del concilio de los judíos llenos de gozo; no sólo por el reino de los cielos, que con aquellos azotes y malos tratamientos habían merecido, sino también por haberse dignado el Señor concederles sufrir aquella afrenta por el nombre de Jesús ¹³. Alégrate, pues, y regocíjate, porque no es pequeña lucha ésta de las calumnias, y, sobre todo, cuando es por un tan insigne delito como en público tribunal nos han acumulado de haber incendiado el palacio y el templo.

Por lo cual también Salomón, queriendo declarar la atrocidad de este combate, dice: *Vi las tropellías que se cometen debajo del sol y las lágrimas de los calumniados sin haber quien los consuele* ¹⁴. Pues si el combate es grande, como de verdad lo es, claro está que también será grande la correspondiente corona. Y por eso Cristo les manda que se alegren y regocijen a los que con la debida paciencia pelean este combate. *Alegraos, pues, dice, y regocijaos cuando dijeren con mentira toda suerte de mal contra vosotros por mi causa, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos* ¹⁵.

¿No ves qué delicia, qué paga, qué deleite para nuestras almas nos agencian nuestros enemigos? ¿No sería, pues, gran sinrazón abrumarte tú misma con tan pesada carga que no pudieron ellos echar sobre ti, sino todo lo contrario? ¿Qué es, pues, lo que quiero decir? Que ellos no sólo no han podido causarte pena, sino que te han proporcionado materia de grande gozo y alegría; y, en cambio, tú, abrumándote con tanto desánimo, te castigas a ti misma llenándote de gran tristeza.

Ellos, ellos son los que deberían hacer semejante demostración si quisieran, una vez al menos, reconocer sus culpas. Ellos, repito, fuera justo que llorasen y gimiesen avergozandos, y cubriesen sus rostros de vergüenza, metiéndose debajo de la tierra, sin atreverse a mirar el

sol, y ocultándole en tenebrosos antros, deplorar sus crímenes y los inauditos desmanes que contra tantas Iglesias han cometido; pero ¿tú?... Al contrario, saltar de alegría, llena de gozo por haber realizado hazañas de la mayor virtud. Porque sabes, sí, sabes muy bien que no hay virtud que con la *paciencia parangonarse pueda, ella es la reina de las virtudes* y el fundamento de los grandes hechos, puerto tranquilo, paz en las guerras, tranquilidad en la borrasca y seguro en las celadas; ella hace a sus seguidores más fuertes que diamantes, y es de tal naturaleza que no pueden empezarla ni armas, ni ejércitos, ni máquinas, ni arcos, ni lanzas, ni legiones de demonios, ni terribles falanges de enemigos, aunque salga a lid el mismo diablo con sus tropas.

Entonces, ¿por qué temer? ¿Por qué atormentarse habiendo aprendido en tu meditación diaria a despreciar hasta la misma muerte si se ofrece?

Mas tengo, dices, gran deseo de ver el fin de estos males que nos afligen.

También lo verás, y muy pronto, con el favor de Dios. Alégrate, pues, y regocíjate y rebosa de alegría pensando en tus gloriosos hechos, y no pierdas la esperanza de que hemos de volver a vernos, y entonces te recordaré estas palabras que ahora te digo.

1. Gen., 37, 20.

2. Gen., 42, 21.

3. Mt., 26, 15.

4. Mt., 27, 4.

5. 2 Cor., 12, 21.

6. Filip., 2, 17.

7. Rom., 1, 26, 27.

8. Is., 56, 10.

9. Jer., 3, 2. según los setenta.

10. Salm., 48, 13.

11. Mt., 3, 7.

12. Col., 1, 24.

13. Act., 5, 41.

14. Eccl., 4, 1.

15. Mt., 5, 11, 12.

CARTA VIII

En esta carta, escrita en 404, al dirigirse desterrado a Cucuso en Armenia, empieza diciendo que de todas partes le salen al encuentro los fieles hechos fuentes de lágrimas, lo cual es parte de consuelo, porque lo contrario lo deplora el profeta ¹. Otro motivo de consuelo: gozo de perfecta salud. Un tercero: son efímeras tanto las alegrías como los pesares de acá abajo. Es cosa para temer la impunidad de los delincuentes. *Ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición* ².

Tenía que suceder esto, que ni siquiera después de salir de la ciudad me viese libre de lamentables y tristes escenas que traspasan el corazón de dolor. Pues los que no salen al encuentro, unos del Oriente, otros de la Armenia y de otras muchas partes están todos hechos fuentes de lágrimas y gimen al vernos, y nos acompañan durante el viaje sin cesar en sus llantos y lamentos. Pues comoquiera que lo contrario lo deplora el profeta como cosa grave y pesada, diciendo: *Aguardé quién me acompañase en mi dolor y no lo hubo, y quién me consolase y no lo hallé* ¹, claro es que esto de tener por compañero de nuestro dolor al mundo entero es cosa de gran consolación.

Y si quieres otro motivo de consuelo, helo aquí: Nos, después de haber pasado tantos apuros y tantos males, gozamos de entera salud y vivimos en gran seguridad, refiriendo en medio de una suma tranquilidad las continuas aflicciones y calamidades pasadas y rebosando de alegría con su recuerdo. Piensa, pues, también tú lo mismo, y echa de ti la nube de la tristeza y avísanos de tu salud muy a menudo. Pues

ahora he recibido carta de mi carísimo señor Arabio, y mucho me ha extrañado no recibir dos letras tuyas, siendo tú tan amiga de su mujer.

Piensa también que las cosas de esta vida sean gratas y alegres, sean molestas y pesadas; pasan luego, pues, aunque la vía que conduce a la vida es estrecha y angosta, al fin es vía; y también te recuerdo lo que mil veces te tengo dicho, que, aunque es ancha la puerta y espaciosa la vía, también ésta es vía.

Que el quedar impunes los delitos es cosa muy para temer.

Siendo esto así, procura arrancarte de esta miserable tierra y, si es posible, del vínculo de tu mismo cuerpo, y levantar las alas de tu sabiduría sin dejarlas apesgar del humo y de la sombra (que no otra cosa son las cosas mundanas). Más aun, aunque vieres a esos hombres que tantos crímenes han cometido contra nosotros gozar del resplandor de sus ciudades, honrados de todos y escoltados de mil satélites, canta este estribillo: *Ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce a la perdición*², y más bien llora y lamenta su suerte. Pues los que acá cometen crímenes, y por ellos, lejos de recibir castigos, reciben honores, saldrán luego de tal modo, que aquellos honores se les convertirán en suplicios. Por esta misma causa atormentaban las llamas al rico Epulón de una manera tan atroz, para que pagase las penas no sólo de la crueldad con que trató al pobre Lázaro, sino también de aquel tan floreciente estado en que vivió durante toda su vida, nadando en honores y placeres, sin compadecerse nunca jamás de las miserias de Lázaro, que cada instante veía a sus puertas, y sin mirar nunca por su conciencia.

Pensando entre ti y recapacitando esas cosas y otras semejantes nunca dejaré de inculcartelo —, ¡oh religiosísima señora mía!, arroja esa pesada carga de la tristeza y avísanos de ello, para que, como ya te escribí, sabiendo que nuestras cartas sirven de alivio a tu tristeza, usemos esta medicina más frecuentemente.

1. Salm., 68, 21.

2. Mt., 7, 13.

CARTA IX

Fue escrita, como la anterior, en su viaje a Cucuso, y dice que al ver tanto concurso de gente deshecha en llanto a su paso para el destierro se figura la pena que embargara también a ellas, sus hijas; “no hay duda que entre vosotras habrá sido la mayor tempestad; pero hay que ser prudentes, como el piloto, que, cuando arrecia el viento, amaina velas. En tus manos está refrenar las olas de la tristeza, pues no es superior a tu virtud la borrasca”.

Llanto de los pueblos al ver ir desterrado al Crisóstomo¹. Al ver agruparse a tanta multitud de hombres y mujeres llorando al vernos en posadas, ventas y ciudades, me figuro cómo estaréis vosotras. Pues viendo a tantas personas, que por primera vez nos ven, tan afligidas que no pueden consolarse, y cuando les pedimos y suplicamos aconsejándoles moderación prorrumpen en mayor llanto, no hay duda alguna que entre vosotros habrá sido mayor la tempestad. Pero cuanto más grave y pesada sea, mayores serán también los premios si sabéis sufrir con acciones de gracias, como ya lo hacéis.

Los pilotos, cuando sopla impetuoso el viento, si navegan a toda vela, se van a pique; si, por el contrario, las despliegan poco, según conviene, van muy seguros. Ya, pues, que sabes muy bien todo esto, religiosísima señora mía, no te dejes vencer de la tiránica tristeza, sino gobiérnala con la razón; en tus manos está, pues no es superior a tu arte la borrasca, y escríbenos acerca de esto, a fin de que, aun viviendo en extraña tierra, nos alegremos mucho viendo que has sobrellevado esta tribulación con la sabiduría y prudencia convenientes. Dada poco después de salir de Cesárea.

1. Cuando viajaba hacia Cucuso, año 404.

CARTA X

Escribióla en Nicea, año 404. Dícele que ha recobrado las fuerzas y que le traían muy bien los soldados que le escoltan. Encárgale que le escriba con más frecuencia sobre su salud y diciendo cómo deshecha la tristeza.

También es mi deseo que deseches el miedo que te ocasionó nuestro viaje, porque, como ya te dije en otra, he recobrado ya la salud y las fuerzas. Pues nuestros conductores se afanan con gran empeño. mayor que nuestro deseo, en recrearnos y reparar nuestras fuerzas, y cuidan muy bien de esto. Te escribí ésta poco antes de partir de Nicea el 3 de julio. Escribenos, pues, con mucha frecuencia sobre tu salud, en lo cual te prestará muy buenos servicios mi señor Pergamio, hombre de toda mi confianza; pero danos noticias no sólo de tu salud, sino también de que has disipado la nube de la tristeza. Si así nos lo dices en tus cartas, también las nuestras serán más frecuentes, viendo que son de algún provecho. Por lo tanto, si deseas recibir muchas cartas nuestras, dinos con toda claridad que tan frecuente correspondencia no es del todo inútil, y entonces verás si te escribimos largo. Pues ahora he sentido mucho no recibir carta tuya, con haber pasado por aquí muchos que podían haberla traído.

CARTA XI

Escribióla al dirigirse a Cucuso el año 404. Cuanto más crecen nuestras tribulaciones, más se aumentan también nuestros consuelos. Navegamos viento en popa en medio de tan grande marejada. Los soldados pretorianos se tienen por dichosos en obsequiarnos y servirnos como si fueran criados nuestros. Tengo salud, y sólo falta a mi consuelo saber que también tú estás buena. Escríbeme, pues, diciéndomelo”.

Cuanto más crecen nuestras tribulaciones, tanto más se aumentan también nuestros consuelos y más alegres esperanzas concebimos para lo futuro. Ahora todo nos sale a pedir de boca, y vamos navegando viento en popa.

¿Quién vio, quién oyó jamás tal cosa? Rocas acá, peñascos allá ocultos debajo de las ondas. Rugen fragorosos el huracán y la borrasca; noche sin luna, densas tinieblas, precipicios y escollos, y, no obstante, navegamos entre esta marejada con no menor seguridad que los que la pasan en el puerto.

Considerando, pues, esas cosas, religiosísima señora mía, sobrepongo a tanto tumulto y estruendo y danos cuenta de tu salud; yo, por mi parte, la gozo muy buena y vivo contento. Pues mi cuerpo está más robusto y disfrutamos de buen tiempo, y los soldados del prefecto son tan obsequioso conmigo, que no echamos de menos los criados, pues hacen ellos sus veces. Porque, con la estima y amor que nos tienes, se han ofrecido a desempeñar este oficio. No me queda otra molestia que el no saber que también tú gozas de entera salud. Dínoslo, pues, para que con esto se aumente nuestra alegría y podamos dar a nuestro suavísimo hijo Pergamio las más rendidas gracias. Si quieres escribirnos, puedes valerte de él, pues es sincero amigo nuestro adictísimo y reverente admirador de tu modestia y de tu piedad.

CARTA XII

Escrita desde Cesárea, año 404. Dice que, atendido de excelentes médicos, se ha restablecido por completo. Se queja de que le escribe pocas veces. Dícele que no cause molestia a nadie por cambiarle de residencia. Si no han podido conseguir nada, será esa la voluntad de Dios: *Gloria a Dios por todo; que no dejaré de usar esta palabra en todo acontecimiento*. Agradece a las hermanas del obispo Pergamio el mucho interés que por él se toman.

Hallándome ya libre de la enfermedad que sufrí en el viaje y cuyas reliquias me acompañaron hasta Cesárea, y enteramente restablecido, te escribo ésta desde Cesárea, en donde mejoré gracias a los muchos remedios empleados, pues tuve la suerte de encontrar muy excelentes y celebérrimos médicos, que me curaron no tanto con los auxilios de su arte cuanto con su benigna y compasiva amistad; entre los cuales hubo uno que prometió acompañarnos en el viaje, y lo mismo hicieron otras muchas personas constituidas en dignidad.

Muchas veces te tengo escrito sobre mis cosas; tú en cambio (cosa de que ya en otras ocasiones te he avisado), lo haces pocas veces. Y para que veas que esto hay que atribuirlo no a falta de mensajeros, sino a negligencia tuya, habiendo llegado anteayer mi señor, el hermano del santo obispo Máximo, y reclamándole yo las cartas, me dijo que no habías querido dárselas y que asimismo el presbítero Tigris rehusó hacerlo, a pesar de habérselas pedido también. Te encargo, pues, que se lo reproches, y lo mismo a nuestro sincero y ardiente amigo y a los demás amigos del obispo Ciriaco. Por causa del cambio de residencia no quiero que les des molestias ni a él ni a nadie. Agradecemos su voluntad y buenos oficios. Porque, quizá, a pesar de su buena voluntad, no han podido conseguir nada. Gloria a Dios por todo, que nunca dejaré de usar esta palabra en todo cuanto me suceda.

Dado que no hayan podido conseguir eso, ¿no han podido, al menos, escribirme?

A mis señoras las hermanas del muy venerado obispo y señor mío Pergamio, que tanto interés se toman por mis cosas, dales de mi parte las más expresivas gracias, pues con sus buenos oficios han hecho que el capitán, mi señor, y yerno suyo, haya estado tan afectuoso conmigo, que ardientemente deseaba también el vernos allí. Tú no dejes de escribirnos sobre tu salud y acerca de todos nuestros buenos amigos. Y por mí no pases cuidado, que estoy bueno y contento y muy descansado hasta el presente.

Sobre los compañeros del obispo Ciriaco deseamos saber si han sido enviados, pues nadie ha sabido darnos razón cierta de este asunto; así es que danos también cuenta de esto. Y al obispo mismo Ciriaco dile de mi parte que la tristeza que embarga mi ánimo me ha impedido escribirle.

CARTA XIII

“Por fin respiré llegado a Cucuso, después de un viaje de treinta días, luchando con acerbísimas fiebres y grandes dolores de estómago, sin médicos ni medicinas y careciendo hasta de lo más necesario, y angustiados por todas partes con el terror que causan los forajidos isauros. Pero ya pasó todo esto, y de todas parte llégame socorros en abundancia”.

Hospedóse en casa de Dióscoro, que ya antes de llegar le había rogado que no prefiriese casa alguna a la suya, aunque también otros muchos le hicieron el mismo ofrecimiento. Cuenta la generosidad de Dióscoro, que se desvive tanto por obsequiarle, que le ha cedido su casa, muy bien amueblada, con objeto de protegerle contra el frío, retirándose él a vivir en una quinta.

Otros muchos señores han enviado sus administradores ofreciéndoles sus casas y haciendas.

“Te doy cuenta de todo esto para que no nos trasladen sin mirarlo mucho, porque puede ser que encontremos peores condiciones y, además, temo más el viajar que mil destierros.

El mismo día que yo llegó mi señora, la diaconisa Sabiniana (tía, a lo que parece, del Santo). A pesar de su ancianidad, tiene aún tan juveniles arrestos, que está dispuesta a no separarse nunca de mí, aunque tuviéramos que ir hasta la Escitia (corrieron rumores de que lo relegaban a Escitia). Si nos trasladan, que sea a algún punto más próximo a vosotras”.

Te doy noticia de todas estas cosas, tanto de aquellas primeras tristes que antes deploraba como de estas últimas faustas y gratas, a fin de que nadie se empeñe en negociar que nos trasladen de aquí inconsiderablemente. Si los que por mí se interesan lo dejan a mi arbitrio, de modo que se me permita elegir el sitio que más me agrade y no nos han de asignar luego otro lugar que a ellos más les plazca; entonces acepto el ofrecimiento. Pero si el sacarnos de aquí ha de ser relegarnos a otro sitio, de manera que tengamos que emprender nuevos viajes y molestas peregrinaciones, esto nos sería muy molesto y trabajoso. Porque primeramente es de temer que nos conduzcan a algún lugar más áspero y lejano, y en segundo lugar, las molestias del viajar las tengo por más graves que mil destierros. Porque los azares de este viaje nos han puesto a las puertas de la muerte, y ahora, con esta nuestra tranquila estancia en Cucuso, mediante la quietud y el descanso, vamos consiguiendo restablecernos y procurando rehacer de tan prolijos trabajos a nuestra fatigada carne y quebrantados huesos.

El mismo día que nosotros llegó también a ésta mi señora, la dioconisa Sabiniana (era, según algunos, tía paterna del Santo), arrojada también y quebrantada y consumida de trabajos, como de una edad tan avanzada que en ella el sólo moverse es ya difícil y penoso; pero de tan juveniles arrestos todavía, que no siente los trabajos y adversidades. Dice que está dispuesta a marchar hasta la Escitia, porque corrían rumores de que me iban a deportar allá, y tiene ya resuelto no volver a los suyos, sino permanecer siempre conmigo, en cualquier sitio que fuere. También la recibieron los hijos de la Iglesia con suma afabilidad y benevolencia.

Asimismo mi señor, el religiosísimo presbítero Constancio, hubiera venido hace ya tiempo. Pues por cartas trató conmigo para que le diese licencia de venir, porque sin mi parecer y voluntad no se atrevería a hacerlo, aunque lo deseaba en gran manera; decía también que no le era posible permanecer allí, y anda buscando dónde ocultarse y esconderse. Así es que te ruego y suplico que, por lo que hace al sitio, no discrepes un punto de lo dicho. Pero si aún deseas volver a sondear qué intentan ellos, tú, de tu parte, nada les preguntes, sino averigua sagazmente, como tú sabes, adónde intentan conducirme. Y si ves que quieren enviarme a alguna ciudad marítima no lejos de ahí; v. gr.: a Cícico o no lejos de Nicomedia, tenlo por bueno. Pero si es a

algún sitio cualquiera más distante que éste, o tan lejos como éste, no lo admitas, que eso me resultaría muy pesado y molesto, mientras que aquí, con la quietud y el reposo, he despedido en dos días la pesadumbre y molestia que me ocasionó el viaje.

CARTA XIV

Llegado en 404 a Cucuso, le escribe que no se acongoje por no haber podido conseguir más ventajosa residencia para su destierro. “Así lo dispone Dios para proporcionarnos más largos combates y más espléndidas coronas.

—Pero la soledad de mi destierro te apena.

—¿Hay, por ventura, lugar más delicioso? Soledad, tranquilidad suma, descanso. Exquisitas atenciones de este señor Obispo, que hasta su Sede me cede, y de mi señor Dióscoro, que parece no tienen otro quehacer sino obsequiarme y atenderme.

Si lo que tuvimos que sufrir en Cesárea te aflige y te apesara, tampoco eso merece la pena, pues también allí se nos tejieron mil coronas”.

Refiérole luego por menudo los malos tratamientos que tal obispo Faretrio y de los monjes tuvo que tolerar, viajando a media noche, a oscuras, por escarpados ricos y montes, cayendo de su cabalgadura y molestado de la fiebre; todo ello, a lo que él cree, efecto de la envidia de Faretrio —uno de los que antes había firmado su destierro—, a causa de los mil obsequios y atenciones de que fue objeto por parte de lo más granado de la ciudad. “Muchos presbíteros, le dice, han sentido en gran manera la conducta de su Obispo. Por ti que nada se sepa”.

Alégrase el santo de sus calamidades. La tristeza es grave mal. “Dícesme que no has recibido carta alguna. Tres te llevo escritas capaces de desterrar del mundo la

tristeza". Dice que nada hay molesto fuera del pecado. Encárgale que procure ganar a San Marutas, apóstol de Persia, engañado por Teófilo y los suyos, y que procure con todo empeño impedir que sus enemigos sean los que nombren el nuevo Obispo pedido por el rey de los Godos por muerte del Obispo Unila, ordenado poco antes y enviado allá por el Santo.

En que da cuenta de las contrariedades que en Cesárea le acaecieron. ¿Por qué lloras así? ¿Por qué te martirizas a ti misma echando sobre ti tales castigos que ni tus enemigos pudieran imponértelos, dejando a la tiránica tristeza que se apodere de tu alma hasta ese extremo? La carta que por conducto de Patricio has enviado nos ha puesto de manifiesto las llagas de tu alma. Así es que siento grandísimo dolor y angustia, porque, debiendo hacer todo lo posible por alejar de ti esa tristeza, no haces más que entretenerte acá y allá en tristes y molestos pensamientos, imaginando males ficticios, como tú misma lo llamas, y desgarrándote de este modo vana e inútilmente y aun con gravísimo perjuicio.

¿Qué razón hay para que te acongojes por no haber podido conseguir nuestro traslado de Cucuso? Aunque en cierto modo nos has trasladado, pues no nos has dejado piedra por mover para conseguirlo. Pero si no llegó a efecto, no es justo que te angusties por eso, pues tal vez lo ha dispuesto Dios así para proporcionarnos más largos combates y más espléndidas coronas. ¿A qué sentir, pues, lo que nos corona de gloria, cuando más bien debieras alegrarte por ello y celebrar con gran regocijo y coronadas las sienes el que, sin merecerlo nosotros, por mera gracia y beneficio divino, hayamos alcanzado tan gran dicha?

Pero, ¿la soledad de este sitio te acongoja?

¿Pues hay, por ventura, lugar tan delicioso? Soledad, tranquilidad suma, descanso, robustez de cuerpo. Pues aunque aquí no hay plaza, ni mercado, ni comercios, a mí nada se me da de eso, pues de todo me sobra, como si poseyera el manantial de toda riqueza. Pues tengo a mi señor el Obispo del lugar a mi señor Dióscoro, que parece no tienen otro cargo ni otro quehacer sino cuidarme y regalarme. Más aún, por lo que hace a esta morada, el excelente hombre Patricio podrá contarte la vida tan delicioso y alegre que aquí llevamos, colmados de obsequios sin cesar.

Mas si lo que te aflige y apesara es lo que tuvimos que sufrir en Cesárea, tampoco eso merece la pena. Pues también allí nos tejieron ricas coronas, de tal modo que todos nos celebran y alaban, y llenos de estupor nos miran por haber sido de allí arrojados con suma injuria y desafuero.

Pero esto, aunque no falta quien lo anda esparciendo por el vulgo, por ti que no lo sepa nadie todavía. Porque me ha dicho mi señor Peanio que hay entre los presbíteros del mismo Faretrio quienes han dicho que ellos ni trataron cosa alguna con nuestros adversarios, ni tienen nada de común con ellos. Para no disgustarlos, pues, ten cuidado de que nadie se entere, porque son cosas gravísimas y muy acerbadas que allí nos acaecieron. Y aunque ninguna cosa más hubiera sufrido, bastarían y sobrarían mucho las que allí me sucedieron para granjearme mil palmas y coronas. ¡Hasta tal punto estuvo en peligro mi misma vida!

Suplicándote, pues, que nada de aquello divulgues, voy a contártelo brevemente, no para entristecerte, sino para alegrarte. Pues todo esto son para mí grandes ganancias; éstas son mis ferias y mis riquezas; ésta la consunción y expiación de mis delitos: pasar sin cesar por estas pruebas y verme sumido en ellas por virtud de aquellos mismos de quienes menos lo esperaba.

Habiendo pues, terminado ya con aquel Gálata ¹ que llegó casi a amenazarnos con la muerte, e intentando penetrar en Capadocia, saliéronnos muchos al encuentro, diciendo: El señor Faretrio (era el obispo de Capadocia) os está esperando, y tiene tomados todos los caminos por no verse privado de vuestra persona; nada deja por hacer con tal de conseguir veros y abrazaros y daros mil muestras de la más ardiente caridad; aun los monasterios ha removido, así de hombres como de mujeres. Yo, al oír esto, no esperaba, a la verdad, semejante cosa; pero, no obstante, no dije palabra a los que venían anunciándome aquellas cosas.

2. Despiadada persecución que sufre de parte del envidioso Faretrio, obispo de Cesárea. Pues bien, luego que entré, por fin, en Cesárea, macilento y molido de los trabajos, en todo el ardor de la calentura, lánguido, desfallecido y aquejado de agudísimos dolores, no pude hallar hospedaje sino en el más apartado barrio de la ciudad, y allí eran mis afanes por ir a buscar médicos y apagar aquel horno,

pues me hallaba en todo el hervor de las tercianas. A lo cual se añadía el trabajo y fatiga del viaje, el molimiento de cuerpo, la falta de asistencia y la penuria aun de las cosas más necesarias; asimismo, el no tener a mano médico alguno, hallándome yo sumamente cansado y agotado y atormentado, además por el calor canicular y por las vigili-
as e insomnios; en una palabra, entré en la ciudad exhalando el alma.

Vino después el clero todo, el pueblo, los monjes y monjas y todos los médicos de la ciudad, que me trataron con suma afabilidad, colmándome de toda clase de atenciones y suministrándome toda suerte de remedios.

Sin embargo, a pesar de todo, seguía yo abrasado por el extremo ardor de la fiebre que me puso en el último trance. Por fin comenzó a ceder la enfermedad y a remitir poco a poco la fiebre.

Mas entre tanto, disgustado Faretrio, no asomaba por parte alguna; estaba deseando que partiésemos. ¿Por qué así? No lo sé.

Viendo, pues, que la enfermedad cedía e iba desapareciendo poco a poco, estaba ya pensando en partir, a fin de llegar a Cucuso y descansar algún tanto allí de tantos trabajos y calamidades.

En esto llega de pronto la noticia de que los isauros estaban devastando la región y habían ya puesto fuego a una gran ciudad, causando graves destrozos. A esta voz salió el tribuno de la ciudad con todas sus tropas, temiendo algún ataque, y todos los demás estaban asustados y medrosos ante el peligro de sus hogares, hasta el punto de que los mismos ancianos habían tomado a su cargo la defensa de las murallas.

Así las cosas, de repente, al rayar el alba, se presenta delante de nuestra morada un *escuadrón de monjes* (permítaseme usar de esta palabra para expresar su furor), amenazando incendiarla y acabar con nosotros si no nos retirábamos al punto. Y ni el miedo de los isauros ni la enfermedad que nos tenía tan postrados, ni otra alguna consideración les hizo mella para moderar algo su rigor, sino que urgían e instaban más y más, respirando tal furor que hasta los mismos soldados pretorianos estaban acobardados y muertos de miedo. Porque también a ellos los amenazaban y se jactaban de haber azotado afrentosamente a muchos pretorianos.

Al oír tales amenazas, los pretorianos acudieron a Nos, rogándonos y suplicándonos que, aunque nos fuera preciso caer en manos de los isauros, los librásemos de aquellas fieras.

El Prefecto de la ciudad, sabido esto, acudió también a prestarnos auxilio a nuestra casa; pero tampoco se ablandaron los monjes a sus ruegos y ante aquellos furiosos quedó también él amilanado. No hallando, pues, expediente ni salida ninguna, y no queriendo intimarnos la salida a una muerte segura, ni atreviéndose a vista de tanto furor a aconsejarnos que permaneciésemos en la ciudad, envió a rogar a Faretrio que, en atención a la grave enfermedad que nos aquejaba y al peligro que por fuera amenazaba, nos permitiese permanecer allí algunos días. Pero en vano; no consiguió nada, y al siguiente día se presentaron los monjes, más amenazadores y furiosos todavía. No había presbítero que se atreviese a venir en nuestra ayuda, sino que todos se escondían y se ocultaban avergonzados, diciendo que todo aquello se hacía por voluntad y mandato de Faretrio, y por no incurrir en su enojo, tampoco accedían a nuestros ruegos cuando los llamábamos.

¿A qué dilatarse en largos discursos? Aunque nos amenazaban tantos peligros y veíamos la muerte al ojo, atacados por la fiebre (que aún no me veía libre de aquel mal), al filo del mediodía me metí en una litera y salí de allí entre los llantos y lamentos del pueblo, que execraba y maldecía al autor de aquellos desmanes, llorándolos y lamentándolos todos.

Luego que salimos de la ciudad, salieron también algunos clérigos, que iban siguiéndonos a paso lento entre llantos y lamentos; y al preguntar algunos: ¿Adónde lo lleváis, a una muerte cierta?, uno de aquellos que no tenían mucho amor, volviéndose a mí, me dijo: “Vete, por Dios; échate aunque sea en los brazos de los isauros con tal de verte libre de nuestras garras, pues adonde quiera que fueres estarás seguro con tal que logres verte libre de nuestras manos”.

Al oír esto la egregia matrona Seleucia, esposa de mi señor Rufino (que estuvo con Nos amabilísima), vino luego a suplicarnos que fuésemos a hospedarnos en una granja suya distante cinco millas de la ciudad, y envió con nosotros unos cuantos hombres, que nos acompañaron hasta allá.

3. Violencias de Faretrio. Mas estaba de Dios que tampoco aquel refugio nos pusiera a cubierto de la persecución y saña enemiga. Pues en cuanto se enteró Faretrio, llovieron sus amenazas sobre la señora, según luego nos dijo. Yo, al hospedarme en su granja, ignora-

ba todos estos manejos, porque ella, al recibirme, me lo ocultó todo; pero al mayordomo que allí tenía lo enteró de todo, encargándole que nos atendiera con todo género de agasajos, y si llegaban a presentarse allí los monjes en son de guerra, tratando de injuriarme y maltratarme, que hiciese venir los trabajadores de otras fincas suyas y viniese con ellos a las manos. Y más hizo aún, pues me rogó que me refugiase en su casa, donde había una fortaleza inexpugnable, y me librase así de las manos del Obispo y de los monjes. No quise yo que llegasen las cosas a ese extremo, y permanecí en la quinta, ignorante de lo que contra mí seguían tramando. Porque nada de esto bastó para reprimir el furor del enemigo, sino que luego, a la media noche, sin que yo me hubiese percatado de nada (porque instaba Faretrio y urgía a la dueña con gran vehemencia, forzándola con graves amenazas a que me echase también de aquella aldea), no pudiendo ya la señora soportar más su importunidad, sin que yo nada supiese, dijo que se echaban encima los bárbaros, porque le daba vergüenza de confesar la violencia que le estaban haciendo.

4. A la media noche entró el presbítero Evetio (era un familiar del Santo) y me despertó, gritando: Levántese, señor, que se acercan los bárbaros. Figúrate, cuál me quedaría. Preguntándole qué haríamos, pues volver a la ciudad era peor que caer en manos de los forajidos isauros, me urgió que saliese. Pero ¿qué hacer? era media noche, noche oscura, noche sin luna, noche horrorosa. Faltos de consejos, sin quien nos le diese, desamparados de todos. Mas al fin, forzado del miedo, en angustia suprema, esperando de un momento a otro la muerte, me levanto y mando encender las luces; pero las apaga el presbítero por miedo a los bárbaros. Con las luces, pues, apagadas, y caminando por un áspero pedregal, el mulo que llevaba mi litera se arrodilló y me tiró de la litera al suelo, y en nada estuvo que no me matase. Levantéme luego, y cogido al presbítero Evetio, que también se había caído de su mulo, iba trepando y arrastrándome, porque en aquellos escarpados montes, entre riscos y barrancos, y a media noche, no podía dar un paso. Figúrate qué ánimo tendríase acosado de tantos males, afligido de intensa fiebre y sin saber lo que contra mí se había fraguado; antes temiendo, horrorizado, caer de un momento a otro en manos de los bárbaros. ¿No te parece que estas calamidades bastaban por sí solas, aunque nada más hubiese pasado, para borrar muchos pecados y proporcionarme materia de grande gloria?

5. Tengo para mí que la causa de estas calamidades fue ésta. A mi llegada a Cesárea todos los magistrados, los exvicarios, los exprofesores, los extribunos, la plebe toda me venían a visitar todos los días, me estimaban, me honraban, me llevaban en palmas; cosa que disgustó a Faretrio: y aquella envidia, que nos echó de Constantino-pla, no nos perdonó tampoco aquí, a lo que yo creo, porque no lo afirmo y aseguro, sino que es conjetura mía.

¿Y quién será capaz de expresar los otros sinsabores que hubimos de tolerar en el resto del viaje? Miedos, peligros...

6. **Alégrese el Crisóstomo de las calamidades. La tristeza es grave mal.** Recordando y pensado yo estas cosas, salto de alegría y regocijo, como quien tiene guardado un gran tesoro: pues por tal lo tengo y estimo. Y por esto te ruego que me acompañes en este gozo y alegría y alabes por ello y glorifiques a Dios, a quien debo el beneficio de haber padecido tanto.

Y te encargo que guardes secretas estas cosas, y a nadie las digas: aunque por otra parte muchos, y principalmente los pretorianos, pueden hacer correr la voz por toda la ciudad, como quien también por su parte corrieron gran peligro.

7. No obstante, por ti que nadie se entere; y aun a los que lo vayan contando ponles silencio. Y si todavía lo estás sintiendo a causa de las resultas de la calamidad, ten por cierto que me hallo ya completamente libre de toda aflicción, y con mucha más salud que cuando ahí estaba.

8. Y a causa del frío, ¿por qué te apenas, habiéndome dispuesto mi señor Dióscoro un domicilio tan cómodo, y estando además sumamente cuidadoso de que no lo sintamos ni lo más mínimo? Y si por los comienzos puede conjeturarse no parece sino que estamos disfrutando un clima oriental como el de Antioquía. ¡Tan templado es y tan suave!

9. Lo que nos causó no pequeño disgusto es lo que añadías. ¿Te atreves quizás a reprocharnos el haber faltado por incuria a nuestros buenos oficios? Pues tiempo ha que te escribí una en que te encargaba que no me movieses de aquí. Yo sí que podría persuadirme fácilmente de que tendrías necesidad de largos discursos y de grandes trabajos y sudores para darme suficiente satisfacción de ese dicho tuyo. Aunque tal vez has satisfecho en parte con decir: para aumentar mi tribulación

pensaba eso. Pero ese acarrearle aún mayores sufrimientos con tu mismo pensar es muy grave falta: pues habiendo, por el contrario, de hacer todo lo posible para acabar con la tristeza, tú misma le haces el gusto al diablo, aumentándote los disgustos y pesares. ¿Ignoras, por ventura, cuán gran mal es la tristeza?

10. De los Isauros no te preocupes, que se han retirado a su país; el Prefecto de la ciudad no ha dejado piedra por mover para conseguirlo: más seguro estoy aquí que cuando estaba en Cesárea. Pues a *nadie tengo miedo como a los Obispos, salvo raras excepciones*. Repito que a causa de los isauros no hayas miedo; pues al comenzar el invierno se acogieron a sus guaridas, no sé si con intentos de volver a salir después de Pentecostés.

11. ¿Cómo me dices que no has recibido carta alguna? Pues te llevo ya escritas y enviadas una por los pretorianos, otra por Antonio y otra por tu criado Anatolio, bien largas todas, sobre todo dos, y de tal naturaleza, que bastan como medicina saludable, para aliviar a cualquier afligido o escandalizado y devolverle la tranquilidad más completa.

12. Una tercera tengo escrita sobre el mismo asunto, pero no he querido enviártela ahora por el disgusto que me has causado diciendo que estás acumulando más y más pensamientos acerbos y hasta inventado cosas completamente ficticias y fantásticas; palabra, por cierto, que nunca debió caérsete de los labios, y que aun a mí mismo me ha sacado los colores al rostro. Por lo demás, lee aquellas cartas y no volverá a ocurrírsete semejante dislate, aunque cien veces te empeñes en llamar a la tristeza.

14. Por lo que hace el obispo Heráclides, de quien me escribes, puede abdicar si quiere, y librarse así de toda molestia; pues no hay otra solución posible. Yo, por mi parte, aunque no veía un rayo de luz, encargué a mi señora Pentadía que no dejase de hacer todo lo posible por hallar algún alivio a esa calamidad. Dices que sólo por habértelo él encargado has osado hablarme de semejante asunto. ¿Es eso acaso algún atrevimiento?

15. **Que nada hay molesto fuera del pecado.** Nunca cesé ni cesaré de decir que una sola cosa hay molesta, el pecado. ¿Qué molestia es ser encarcelado y encadenado? ¿Qué molestia el verse abrumado de calamidades, cuando la calamidad es causa de tan grandes

tesoros? Palabras y meras palabras vacías de realidades acerbas, palabras hijas de la tristeza únicamente. Pues aunque mientes la muerte, ¿qué cosa dices sino una deuda de naturaleza, de cuyo pago a nadie se exime, aunque nadie nos mate? Si el destierro, ¿qué otra cosa es sino la perspectiva de regiones y ciudades? Si la pérdida de la hacienda, libertad es, y quedar desembarazado y expedido.

16. Al obispo Marutas cólmale de todas las atenciones y obsequios posibles, a fin de sacarlo del abismo ², porque necesito mucho de él para los negocios de Persia. Y si puedes, entérate qué ha conseguido allí con sus apostólicos trabajos; y procura información acerca del motivo de su venida a esa ciudad y dime si le has entregado las dos cartas que para él te envié; si quieres escribirme, le contestaré; pero si tiene dificultad en hacerlo, al menos infórmate tú de lo que allí se ha hecho y de los proyectos que tiene para el porvenir, si piensa volver; pues esto era lo que me movía a desear verme con él. Como quiera que sea, tú haz lo que esté de tu parte y cumple como buena, aunque todos se hundan; que tú nada perderías de la paga que te está reservada. Procura, pues cuanto puedas ganártelo.

17. Lo que ahora te voy a encargar no lo descuides en modo alguno, sino pon en ello todos tus cinco sentidos. Han venido a decirme unos monjes marsos y godos, entre los cuales estaban perpetuamente oculto el Obispo Serapión, que ha llegado el diácono Moduario, diciendo que aquel Obispo Unila, que no hace mucho ordené y envié a la Gotia, ha muerto después de llevar a cabo muchas y muy grandes empresas; y que ha traído cartas del rey de los godos, pidiendo que les envíen un Obispo. Pues bien, como para evitar la ruina, con que nos están amenazando, no veo otro recurso que dilatarlo y dar largas al asunto (puesto que al presente no pueden ellos navegar al Bósforo ni a aquellas partes), procura detenerlos algún tanto con pretexto del frío: y pon en esto gran empeño. pues es cosa de suma importancia. Porque dos cosas hay que, si llegaran a realizarse, lo que Dios no permita, me disgustarían sobremanera: que los que lo nombren sean esos, que tantas maldades han perpetrado, y sería perjudicialísimo que lo proveyesen ellos; y que sencillamente se nombre un cualquiera. Pues que ellos no han de procurar nombrar uno bueno, bien lo sabes también tú. Y si ellos llegasen a nombrarle, que ojalá no, los daños que de ahí se seguirían, no se te ocultan. Por tanto, procura con todo empeño que no suceda ni lo uno ni lo otro. Si fuera

factible que Moduario, a escondidas y sin llamar la atención, pudiera hacer una escapada hasta aquí, sería muy del caso. Pero si no es posible, hágase lo que se pueda. Pues lo que con los dineros sucede, y acaeció también con aquella pobre viuda³, eso mismo sucede también con los negocios. Pues así como ella, con sus dos cornadillos, por haber dado cuanto poseía echó en el cepillo del templo más que todos los ricos que echaban monedas mayores: así también los que ponen en los negocios todo el empeño posible, aunque no consigan provecho alguno, han hecho todo lo que debían y no quedarán defraudados, sino que recibirán muy entero su galardón.

18. Al obispo Hilario le doy las más rendidas gracias: pues me ha pedido por carta licencia para ir a su ciudad, prometiendo volver a acá, una vez arreglados sus asuntos. Porque como su compañía nos es de gran provecho, pues es varón piadoso, fervoroso y valiente, le he exhortado a que, después de su viaje, vuelva en seguida a ésta. Por tanto, procura que le lleven por conducto seguro nuestra carta y se la entreguen cuanto antes, y que no se traspapele: pues mostró muy gran deseo en recibir carta nuestra, y su presencia aquí es de muy gran provecho. Es, pues, mi deseo que pongas diligencia en que lleguen a su destino, de tal manera que, si no está ahí el presbítero Heladio, las hagas llegar a nuestros amigos por medio de un hombre juicioso y prudente.

1. Leoncio, arzobispo de Ancira en Galacia, enemistado del Crisóstomo.

2. Esto es, de la facción de Teófilo, Arsacio, Porfirio, Severiano y Antíoco, enemigos jurados del Crisóstomo; porque San Marutas, obispo santísimo y esclarecido en milagros que restauró las Iglesias de Dios destruidas en Persia (V. el Martirolog. romano, día 4 de diciembre), engañado por Teófilo, Patriarca de Alejandría, hombre sagaz, osado y criminal, y el mayor enemigo del Crisóstomo,

asistió con él y sus parciales a sus conventículos y aun al conciliábulo de la Encina, donde se decretó la deposición del Crisóstomo. Pues recién llegado de Persia, no podía tener noticia detallada y exacta de las cosas acaecidas en Constantinopla y además tal vez le habrían dicho también ellos que el obispo de Chipre, San Epifanio, se había declarado contra el Crisóstomo, lo cual deploró poco después convencido su engaño.

3. Luc., 21, 2, 3.

CARTA XV

La escribió en Arabiso el año 406. “No te turbes por nada. ¿Por ventura creías que ibas a vivir una vida sin luchas ni molestias, tú, que desde niña declaraste guerra a muerte al demonio y le tienes irritado con tantas derrotas?

“No te turbes aunque veas por doquier guerras y tumultos. Eso son gajes de la virtud que lleva consigo tentación y trabajo (Hebr. 10, 32, 33).

“Al saber tu eximia paciencia en todos esos acaecimientos, te admito y te tengo por dichosa.

“Hemos escapado a una gravísima enfermedad. Aquí hay buenos médicos, pero faltan medicinas y todo lo necesario. Además, estamos amenazados del hambre y de laste, y bandas de ladrones lo infestan todo”.

1. **Nada te turbe; nada te espante.** ¿Por ventura tú, que desde tu niñez comenzaste a dar pruebas de tanta virtud y a pisotear el humano fausto, tenías esperanzas de pasar una vida pacífica y tranquila? ¿Cómo era posible semejante cosa? Los hombres que en las palestras y en las guerras luchan con otros hombres, reciben innumerables heridas; y tú, que has declarado guerra a muerte a los principados y potestades, a los adalides de estas tinieblas del mundo, a los espíritus malignos esparcidos por los aires ⁽¹⁾, con tanto valor, levantando tantos trofeos, y de tantas maneras has irritado al pestífero y feroz demonio, ¿creías acaso poder llevar una vida tranquila y exenta de las dificultades y molestias de los negocios?

2. Por tanto, no hay que turbarse porque veamos levantarse por doquier infinitas guerras y tumultos: lo extraño sería que sucediese lo contrario. Porque la virtud lleva aneja la tentación y el trabajo. Lo cual ya antes que recibieras nuestra carta lo tenías tú bien sabido, y no necesitabas que nadie te enseñase, ni yo te he escrito eso para enseñar

a quien lo ignora. Pues sabido es que ni el destierro, ni la pérdida de los bienes, que a muchos se les hace intolerable, ni las afrentas, ni otras semejantes calamidades son capaces de quitarte la paz. Porque si a los compañeros de los que tales cosas sufrieron se les llama dichosos, ¿cuánto más lo serán los mismos que las sufren? Así es que por este doble motivo alaba Pablo a los convertidos de la religión de los hebreos a la fe de Cristo, diciéndoles: *Traed a la memoria aquellos días de vuestra conversión, cuando después de haber sido iluminados sufristeis con admirable valor un gran combate de persecuciones: por un lado sirviendo de espectáculo al mundo por las injurias y malos tratamientos, y por otro tomando parte en las penas de los que sufrían semejantes indignidades*².

3. Y por lo mismo no os escribimos largo, pues nadie se acerca a uno que ha conseguido una gran victoria y erigido un gran trofeo para prestarle ayuda, sino para alabarlo y ensalzarlo.

Sabiendo, pues, yo cuánta virtud has mostrado en todos esos acaecimientos, te admiro y te tengo por muy dichosa ya por la paciencia, ya por los premios que para lo futuro te están reservados.

4. Mas como sé que te interesas por saber cómo seguimos, tanto más cuanto que hace mucho tiempo que no escribo, sabe que hemos escapado a una gravísima enfermedad, pero no hemos convaltecido del todo todavía. Porque médicos los hay, y muy buenos; pero la carestía de las cosas más necesarias hace ineficaces las medicinas. Porque aquí no sólo hay penuria de medicamentos y de todos los demás alivios precisos a un enfermo, sino que estamos amenazados del hambre y de la peste. Males, por cierto, que está ya produciendo aquí una multitud de ladrones que, infestando vastísimas regiones, tienen tomados todos los caminos, y desvalijan a los caminantes. Andrónico mismo dice, que para poder escapar con vida, tuvo que entregarles todo lo que traía. Así es que te ruego que no envíes más mensajeros; porque es de temer que, por intentar llegar hasta acá, encuentre alguno la muerte; y bien sabes cuánto lo sentiríamos. Pero si encuentras ocasión de alguno que venga por estas tierras para otros negocios, dinos por medio de él cómo sigues de salud. Particular y únicamente para bien mío, que no venga ninguno a causa del miedo que antes dije.

1. Efes., 6, 12.

2. Hebr., 10, 32, 33.

CARTA XVI

Escrita desde el destierro en Cucuso el año 406. “Por entre lo próspero y lo adverso caminamos al cielo. Por ese camino llevó Dios a los profetas y a los apóstoles y demás bienaventurados. ¿Qué importa que nos arrojen de la ciudad, y nos hagan emigrar de pueblo a pueblo, perseguidos y proscritos de todas partes, y arrebatados por los soldados, si el fin de todo esto son aquellos purísimos, incomprensibles e inefables bienes de la gloria? En éstos has de pensar, apartando la atención de los males de acá que te entristecen.”

“Pero mi cuerpo está quebrantado y deshecho de tantos trabajos y persecuciones”.

“Nuevo manantial me alumbras de prodigiosas ganancias. De cuánto valor es sufrir dando gracias a Dios por la cruz que nos envía, bien lo sabes tú. Mira los ejemplos de Job, Tobías y Lázaro, y gozándote en las pruebas, ensalza la inmensa benignidad de Dios, que las permite para tu corona.

Especial alegría he recibido al ver tu serenidad y cristiana prudencia en despachar esos negocios y litigios.

1. **Que Dios gobierna a los buenos entre prosperidades y adversidades.** uno y lo otro es prueba de la inefable benignidad de Dios, el permitir que vengan sobre ti tantas y tan graves tentaciones para que alcances así muy espléndidas coronas, y el librarte pronto de ellas para que no quedes abrumada por la prolongación de las calamidades. Pues de este mismo modo gobernó Dios también la vida de

aquellos intrépidos varones los Apóstoles y los Profetas, ahora permitiendo que se levantasen imponentes olas, ahora increpando al mar de las adversidades y convirtiendo la deshecha tempestad en completa tranquilidad y bonanza. Cesa, pues, de llorar y de acabarte a pura tristeza, y no pongas ante tus ojos solamente las frecuentes y aun continuas acerbidades que te ocasionan, sino también la celeridad con que pasan y la excelentísima remuneración que te acarrean.

2. Porque, ¿qué importe que nos arrojen de la ciudad, y de cuando en cuando nos hagan emigrar de pueblo en pueblo, perseguidos y proscritos de todas partes, y arrastrados a los tribunales, y arrebatados por los soldados, recibiendo injurias de aquellos mismos a quienes hemos colmado de beneficios, y ser uno atormentado por sus criados y por sus mismos hijos, si el premio de todo esto es el cielo, y aquellos purísimos bienes incomprensibles e inefables que no tienen fin, sino una delicia inmortal y eterna?

3. Cesa, pues, de pensar en injurias y vejaciones; aparta el pensamiento de la pérdida de bienes, de las continuas mudanzas de residencia en los destierros, y del vivir relegados a regiones extrañas; y hollando todo esto como cosas más viles que el lodo, considera los tesoros que con todo esto te granjeas para el cielo, y la ganancia que no puede agotarse ni consumirse, y las inmensas riquezas libres y seguras de toda injuria de piratas y ladrones.

4. Pero tu cuerpo se encuentra debilitado y quebrantado por los trabajos, molestias y enfermedades ocasionados por las persecuciones de los enemigos.

Otro manantial me recuerdas con eso de prodigiosa e indecible ganancia. Porque ya sabes, sí, sabes muy bien, de cuánto mérito es tolerar la enfermedad con ánimo generoso y con hacimiento de gracias. Eso, como ya he dicho muchas veces, dio a Lázaro la corona; esto en los combates de Job puso al diablo en vergonzosa fuga, e ilustró más y más al glorioso atleta. Esto más que el amor a la pobreza, más que el desprecio a las riquezas y la repentina pérdida de sus hijos, y otras mil pruebas y tentaciones, le mereció eterna gloria y alabanza, y redujo al silencio al impudente demonio.

5. Considerando, pues, sin cesar estas cosas, gózate y alégrate de haber sostenido un gloriosísimo combate, y sufre con valor y con paz aquello que es el coronamiento de todas las tentaciones y pruebas, y ensalza con ello la gloria del benignísimo Dios, que, pudiéndolo

quitar y destruir todo en un punto, permite que se originen estas enfermedades para que sea más espléndida esa tu rica y deseable ganancia. Y por esta causa no cesamos de proclamarte bienaventurada y dichosa.

6. Una cosa nos ha causado especial placer, el ver que has sabido poner fin a los negocios y litigios con serena dignidad; de tal modo que ni los has rehuido cobardemente, ni los has retenido atormentándote con idas y venidas a los tribunales, con las molestias consiguientes, sino que, siguiendo un camino medio, has alcanzado la justa libertad, que a ti te era decorosa y debida, mostrando en todo gran prudencia, y dando insigne ejemplo a la vez que de paciencia y tolerancia, de aquella discreción y prudencia que no se deja envolver por fraudes y engaños.

CARTA XVII

Escribióse el año 404 o 405. La calamidad robustece. ¿Qué sientes en la tribulación alegría? No es eso extraño. Oye a San Pablo: La tribulación produce paciencia, etcétera (Rom., 5, 3, 4). Aunque te asedien mil lobos y mil juntas de hombres perversos, nada temas (Salm., 63, 3; 26,3; 22,4).

“Porque ¿con qué podrían atemorizarte? ¿Echándote de tu casa y de tu patria? Has aprendido a vivir en tu casa con más retiro que los monjes en los desiertos. ¿Con la muerte? No llevarían a ella más que un cadáver; más pronta estás tú a dejar el cuerpo que otros el vestido.

En la cruz está la alegría; ella nos hace invencibles y superiores a todos los peligros”.

1. **La calamidad robustece a los buenos.** Lo que en ti se verifica nada tiene de extraño ni desordenado, sino antes al contrario, es cosa muy conforme a razón el que por tan asiduas pruebas vayas adquiriendo mayor fortaleza y más ánimo y valentía en los combates, y con esto experimentes gran placer. Pues tal es la naturaleza de la desgracia, que si da con un alma valiente y generosa, causa esos efectos. Y como el oro en el crisol se hace más puro, así la tribulación, como caiga en almas de oro, las hace más puras y excelentes; que también a causa de esto dijo Pablo estas palabras: *La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba*¹. Por eso también nosotros nos alegramos y regocijamos, y al ver tu magnanimidad, recibimos en esta soledad grandísimo consuelo. Por eso, aunque te asedien mil lobos y mil juntas de hombres perversos², nada tememos: y esto es lo

que ahora pedimos a Dios, que cesen las actuales pruebas y no sobrevengan otras, cumpliendo la ley del Señor, que nos manda orar para no caer en la tentación ³; pero si su divina providencia permite que se susciten otras nuevas, gran confianza tenemos en tu alma de oro, que saca de ellas riquísimos tesoros.

2. Porque, ¿con qué podrá aterrizararte los que tantas cosas han intentado contra su cabeza y para su propia perdición? ¿Acaso con la pérdida de las riquezas? Pero yo sé muy bien que, en tu aprecio, no son más que polvo, y más viles que el mismo lodo. ¿Con la pérdida de tu casa y de tu patria? Pero tú has aprendido a vivir en ciudades amplias y populosas como si morases en un desierto, pasando tu vida toda en soledad y pacífico retiro, pisoteando la mundana pompa. Pero te amenazan con la muerte. Pues tú, anticipándote a ellos, no has vivido un solo instante olvidada de ella; y si te conducen a la muerte, no llevarán más que un cadáver. ¿A qué prolongar nuestro discurso? Nadie podrá causarte mal alguno, que no halle haberlo tú ya tolerado con heroica paciencia. Pues, habiendo marchado siempre por la vía angosta y estrecha, estás muy avezada a estas cosas con el prolongado ejercicio; y con haberte ejercitado tanto en esta ciencia en las palestras, has alcanzado ahora en los combates tanta gloria: porque lo que ahora te acaece no sólo no te turba, sino que, como si estuvieras dotada de alas, rebosas de júbilo y saltas alegre. Pues en aquellas escaramuzas en que tan largo ejercicio tuviste, tan maravillosa facilidad llegaste a adquirir, en los combates, que, en un cuerpo más delicado y flaco que telas de araña, desafías risueña el furor de los robustísimos jayanes que, rechinando los dientes de ira, se lanzan contra ti al ataque; como dispuesta a recibir mayores golpes que los que ellos pretenden darte. ¡Dichosa tú y bienhadada por las coronas que así se te preparan y aun por los mismo combates! Porque tal es la naturaleza de estas luchas, que, aun antes de los premios, en la arena misma, tienen ya su galardón, es a saber, el gran placer de que ya disfrutas, la alegría del alma, la fortaleza y la paciencia; y además el haber logrado hacerte inexpugnable e invencible, y superior y más levantada y sublime que todas las cosas, y el haberte entrenado en las luchas de tal manera, que no te pueden alcanzar los golpes enemigos, el que en tan deshecha borrasca descansas en roca inmovible y en medio de un mar embravecido y furioso navegas prósperamente con una envidiable tranquilidad. Estos son los premios de las calamidades aun en esta mortal vida, antes de llegar al reino de los cielos.

3. Porque tengo por cosa certísima que es tal tu actual disposición, que ni cuenta te das de que tienes cuerpo, ¡tantas alas te comunica el gozo!; y si se ofrece ocasión, estarás tan pronta a dejarlo como otros los vestidos que los cubren.

Alégrate, pues, y regocíjate no sólo por ti, sino también por aquellos que han logrado tan dichosa muerte no en sus lechos ni en sus casas, sino en las cadenas, en las cárceles y en los tormentos. Y sólo lamentos y llores a aquellos que cometen estos desmanes. Porque también esto es cosa digna de tu cristiana virtud.

Finalmente, ya que desees también tener noticia de nuestra salud, nosotros hemos escapado a aquella enfermedad que poco ha nos aquejaba; y gozamos ahora de mejor salud, con tal que el invierno, a su llegad, no estrague de nuevo nuestro flaco estómago.

A.M.D.G.

1. Rom., 5, 3, 4.
2. Salm., 63, 3.
3. Mat., 26, 41.

INDICE

PROLOGO

Vida de San Juan Crisóstomo	3
Trabajos del destierro. Su muerte	5
Cartas relativas a su deposición y destierro	16
A Inocencio, obispo de Roma	19
Porqué el Crisóstomo no quiso comparecer ante Teófilo y sus partidarios	20
Comportamiento del Crisóstomo de vuelta de su primer destierro, y lo que tuvo que sufrir	21
Perturbación de las cosas eclesiásticas en Oriente	23
A Inocencio, obispo de Roma	25
A nuestro amado hermano Juan	26
Inocencio a la Iglesia de Constantinopla	27
Carta de Honorio, Emperador de Occidente, a su hermano Arcadio, Emperador de Oriente	29
Carta de San Juan Crisóstomo a los obispos, presbíteros y diáconos encarcelados por su piedad	32
Carta del mismo a los mismos	33

CARTAS A SANTA OLIMPIADA

Advertencia: Vida de Santa Olimpiada	36
--	----

CARTA I

A mi señora en el Señor, la muy venerada y religiosísima Olimpia Diaconisa	46
Nada es grave fuera del pecado	47

CARTA II

Que es dañoso desalentarse por pecados ajenos	58
¿Qué hemos de hacer en las públicas calamidades?	60
Las viudas pueden aventajar en mérito a las vírgenes	61
Virtudes de Santa Olimpíades	62
Del vestido vil y despreciado de Olimpíades	64
Excelencias de la virginidad	65
Alabanzas de Job; sus calamidades	66
Consuela a Olimpíades, afligida por su ausencia	71
Galardón de la paciencia	74

CARTA III	76
Consuela a la afligida; explica la naturaleza de la tristeza; es castigo de Eva	80
Demuestra que nada hay más grave y terrible que la muerte	81
Más terrible es la tristeza que la misma muerte	83
Los trabajos granjean coronas	85
Cuán grande es el fruto de la calamidad. Ninguna virtud merece grande alabanza sin trabajo	88
Las calamidades de Olimpia, José, esclarecido por sus calamidades	91
CARTA IV	101
Nada más glorioso que la paciencia, ni más acerbo que la enfermedad	103
Que la enfermedad no es ociosidad. El Crisóstomo cree que va a volver del destierro; su estancia en Armenia	107
CARTA V	110
Exhorta a la Santa a pelear con fortaleza. Vanidad de las humanas dichas	112
Grandes premios de la paciencia	113
CARTA VI	114
Describe gráficamente cuánto le apretó la enfermedad	115
Las calamidades de la vida presente son mera fábula y ficción	115
CARTA VII	119
Insignes trofeos cogidos por la Santa con sus victorias	120
La conciencia torcedor del pecador; los pecadores, dignos de lástima; el vicio, muerte del alma	122
¿Has visto cómo la malicia, aun antes del suplicio, tiene ya castigo?	124
CARTA VIII	127
Que el quedar impunes los delitos es cosa muy para temer	128
CARTA IX	129
Llanto de los pueblos al ver ir desterrado al Crisóstomo	129

CARTA X	130
CARTA XI	131
Cuanto más crecen nuestras tribulaciones, tanto más se aumentan también nuestros consuelos	131
CARTA XII	132
CARTA XIII	134
Molestias del viaje a Cucuso	135
CARTA XIV	138
En que da cuenta de las contrariedades que en Cesárea le acaecieron	139
Despiadada persecución que sufre de parte del envidioso Faretrio, obispo de Cesárea	140
Violencias de Faretrio	142
Alégrase el Crisóstomo, de las calamidades. La tristeza es grave mal	144
Que nada hay molesto fuera del pecado	145
CARTA XV	148
Nada te turbe, nada te espante	148
CARTA XVI	150
Que Dios gobierna a los buenos entre prosperidades y adversidades	150
CARTA XVII	153
La calamidad robustece a los buenos	153
INDICE	157